

SOBRE LA PORNOGRAFÍA

Por Miguel de Unamuno

En *La correspondencia de España*, diario madrileño, de hace dos días, ha publicado Maeztu un artículo interesantísimo y muy justo sobre la Liga antipornográfica.

Empieza por transcribir el duro juicio que al doctor Horton le ha merecido el anuncio ilustrado de un periodiquín titulado *Life* (Vida) que iba a publicarse en Londres.

Dice Horton:

“Apuesto sin miedo, a que ninguna persona decente dirá una sola palabra en defensa de semejante publicación. A nadie puede satisfacerle, como no sea un imbécil moral o un cretino de una civilización decadente.

“Salgan a descubierto el editor, los escritores y los dibujantes de esa publicación. Se ruborizarían ante la mirada de sus madres. Cualquiera tertulia de ingleses limpios los rechazaría con repugnancia, después de revestirlos es escarnio. ¿Por qué ha de permitir una gran comunidad como la nuestra que se venda semejante papel? Si las librerías y puestos de periódicos no tienen el talento moral de desecharlo, es preciso que la ley intervenga. Si la ley no pudiese obrar, es necesario que hable la opinión. Un papel de esa clase hace más daño que las mayores inmoralidades en las calles. ¿Por qué apartamos a los enfermos físicos, aislamos los casos infecciosos y destruimos las telas contaminadas? Para salvar de la muerte a la comunidad. Pues un papel como este es una enfermedad infecciosa; existe para propagar un mal que se basta a destruir las naciones más fuertes. Las gentes que así explotan los elementos dañinos de la humana naturaleza y se dedican conscientemente a corromper la juventud deben ser encarceladas y aisladas. Son un peligro público.”

Transcrito este juicio del doctor inglés, pasa Maeztu a comentarlo con aplicación a Madrid, haciendo notar que la vida de Vida no será larga. Y dice:

“Ustedes creerán que los juicios del doctor Horton se habrán estampado en algún periódico ferozmente reaccionario y clerical. Nada de eso. Los publica *The Daily New*, periódico anticlerical, radical y casi socialista; el más avanzado de los diarios de Londres.”

Y pasa a pedir que se forme en Madrid una Liga contra la pornografía, formada por personas de las más opuestas procedencias políticas.

Hubo una asociación de padres de familia, pero era de padres de familia católicos exaltados, y no limitándose a perseguir la inmoralidad perseguía la herejía.

El hecho es, triste es decirlo, que en España parece como si la campaña contra el vicio hubiese estado vinculada en los reaccionarios. Y esta es una de las causas del descrédito del liberalismo entre las personas limpias de corazón. “Tú ya sabes —me decía hace poco un amigo mío y paisano— que yo he sido siempre y soy liberal, y del verdadero liberalismo como tú dirías, el condenado por el Syllabus pontificio; tú sabes que soy partidario de la libertad de conciencia, de cultos, de imprenta, etc.; pero, amigo, ¿cómo quieres que me sume aquí a los liberales si los más de los que adoptan ese nombre son gente de conducta poco limpia?”. Y recordé al punto lo que escandalicé a ciertos liberales cuando en un banquete que se me dio en Bilbao dije que el liberalismo no sería eficaz mientras no hubiese un fuerte núcleo de liberales que se acuesten a las diez, no beban más que agua y no tengan querida.

Le sobra razón a Maeztu al decir que no se trata de clericalismo ni de anticlericalismo, sino del vigor físico y mental de las generaciones sucesivas. La voluptuosidad entontece; la castidad y la sobriedad fortifican la inteligencia y el corazón. Siempre he creído, y lo he dicho varias veces, que don Juan Tenorio era un tonto de remate.

El doctor Horton habla en su severo juicio de imbéciles morales y de talento moral. Y así es; la virtud es una forma de inteligencia, y el vicio o es una tontería o es locura. Casi todos los borrachos, los mujeriegos y los jugadores que conozco son gente que carecen del vigor espiritual necesario para dedicarse a nobles empresas, de las que se saca más exquisitos y más profundos goces que de esos pasatiempos viciosos. El desarrollo del juego en un país cualquiera acusa una debilitación mental, y sobre esto he de volver.

Habla Maeztu del triste espectáculo que ofrece Madrid desde hace algún tiempo, con sus semanarios pornográficos y aquellos teatritos y cafés-conciertos en que, mientras una desgraciada cupletista berrea cuatro indecencias enseñando al desnudo cuanto Dios le dio y ella vende, el público, un público brutal, estúpido y soez, brama como una fiera en celo. Y si tales teatritos se mandaran cerrar ¡qué no dirían nuestros liberales!

Se pregunta Maeztu si la Liga antipornográfica encontraría oposición, y añade:

“No es posible que encontrase oposición entre los escritores que la habrían combatido hace diez años en nombre del paganismo y de la libertad. La libertad de las opiniones no puede rezar con la pornografía. Y en cuanto al paganismo, aun suponiendo que haya paganos en España, no hemos de tomarlo solo por un aspecto, si es que tuvo alguna vez el aspecto pornográfico. ¿Por qué no hemos de admirar en la civilización pagana el cultivo de la fuerza física? Seamos fuertes, y luego, si hay quien lo desee, declárese pagano.

“Procuremos que nuestros jóvenes lleguen a los veinte años con el mayor vigor posible y que hagan luego lo que les plazca con su fuerza. Pero, ante todo, ¡sean fuertes! Ante todo, ¿Qué no sean micos!”

Esto está muy bien y mucho mejor habiendo salido de la pluma de Maeztu, que es uno de los que han contribuido más a la boga de que goza en España Nietzsche, ese calumniador jurado del cristianismo.

Entre el desgraciado Nietzsche, mal leído y peor comprendido, y el farsante D’Annunzio, con sus paganerías de similor, han ensuciado a no poca de nuestra juventud, que ha buscado apoyo en el primero para sus desaprensiones y en el segundo para sus vicios.

Como sostiene Kidd en sus *Principios de la civilización occidental*, la fuerza motriz del progreso de la cultura, la razón de ser de la civilización humana, es el sacrificio de las generaciones actuales a las generaciones del provenir, es la preparación del futuro. Y todas esas doctrinas de materialismo moral o práctico no ven más relación que la del presente al pasado. Los pueblos que caen en ella degeneran y no paran hasta la despoblación por la ovariectomía o medios análogos y por el escepticismo.

Desde hace algún tiempo hay un grupo de jovencitos decrepitos, o que fingen estarlo, que a todas horas nos están moliendo los oídos con eso de la vida y repitiéndonos que cuantos pensamos y sentimos de modo opuesto a ellos somos unos misántropos tétricos, fúnebres y odiadores de la vida. Su alegría de vivir consiste en decir que la tienen y en gritar de vez en cuando ¡viva la alegría! o ¡viva la licencia! o ¡viva la bagatela! Se parecen algo a los ridículos y ñoños personajes del *Genio alegre*, de los hermanos Quinteros, cuya alegría —la de esos personajes, no la de estos autores que son, según mis noticias, dos excelentes muchachos, serios, trabajadores, honrados y limpios moralmente— cuya alegría, digo, consiste en palmotear, reír y decir que están contentos. Y no son más alegres que yo.

Claro está que la alegría no tiene nada que ver con el vicio, y que este es más bien triste, como todo lo infecundo; pero no soy yo quien junta esas dos ideas.

Y en cuanto al paganismo ¿habrá que decir tanto de él!...

Una cosa le ha faltado a Maeztu, y es relacionar esa nuestra actitud respecto a la pornografía, y esa absurda concepción que de la libertad aquí priva, con el olvido de lo que el cristianismo es; y por otra parte, relacionar el sentido moral inglés con el vigor que el cristianismo

dio allí la Reforma. La moda en España entre los no católicos o los anticatólicos ha sido repetir todas las ineptias y todos los disparates que contra el cristianismo han barbotado los ignorantes, los superficiales, los viciosos, los locos o los desesperados. Se nos ha inundado de librillos anticristianos, traducidos la mayor parte de cualquier autorzuelo pelagatos, librillos al modo de *La religión al alcance de todos*, o cierto centró de desatinos que se titula *Jesucristo no ha existido* o cosa así. Ni siquiera se nos ha dado el pensamiento serio de los no cristianos de espíritu sereno y justo.

La fiebre moral anda muy distendida entre nosotros, y abundan los que se creen personas cultas porque se bañan a diario y tienen el alma henchida de inmundicia.

No faltarán hombres de mundo socios de clubs —el que no puede ser otra cosa es socio de un club— que se sonreirán al leer estas rancias de puritano y se dirán: “¿Cómo se conoce que este pobre hombre vive en una vieja ciudad castellana, metido entre sus libros!” Debo advertirles, sin embargo, que, aunque parezca mentira, también yo he estado en París, adonde me importa muy poco no volver.

Y otros dirán: “Pero ¿qué tiene que ver la vida que se llama de sociedad o mundana con todo eso de la pornografía y del vicio?” Sí, ya sé que el baile de salón o el *flirt* mismo no son la orgía; pero yo me entiendo, y ellos también me entienden.

El desarrollo de la pornografía aquí se debe a la falta de altos y fecundos ideales, a la carencia de hondas inquietudes espirituales, a la ausencia de preocupaciones religiosas, a la muerte del romanticismo. Los que han inventado eso de la alegría de vivir y el pseudopaganismo de similor son los mismos que llaman “lata” a cualquier hondo estudio: los que se deleitan con Marcel Prevost son incapaces de leer a ningún pensador serio y profundo.

Las *Claudinas* de Willy, que se han traducido al castellano, obteniendo un gran éxito, están, no corrompiendo en el sentido moral tan solo, sino entonteciendo a nuestro pueblo. El que se recrea con esas escabrosidades es pura y sencillamente un cerebro de ínfimo grado. Y no digo nada de esos librecitos que se escriben para jovencitos de quince años y para los viejos de setenta.

Una Liga antipornográfica, sí, está muy bien lo propuesto por Maeztu; pero esa Liga debería extenderse a serlo contra toda forma de superficialidad mundana, contra esa funesta propensión a convertirlo en *sport* todo.

Entre el *sportsman* inglés tal como me lo figuro, que se busca robustecer la voluntad y el cuerpo, sufriendo privaciones si es preciso, y el ridículo *sportsman* nuestro, cuya esportmanería consiste, más que en jugar, en asistir a juegos y convertirlos en timba, media un abismo. Pero de esta palabra de esportmanería quiero escribir con más despacio en otra ocasión.

Todo ello está íntimamente relacionado: el vicio, la superficialidad, el anticristianismo, la esportmanería y la creencia de que la civilización está en el “retrete”, en las calles bien encachadas, en los ferrocarriles y en los hoteles.

“¡Qué español es todo esto!”, prorrumpirá alguno, y yo le diré: “¡Ojalá lo fuera!” Desgraciadamente, hoy no lo es, no siendo en alguno que otro rincón, sobre todo allá en mi bendito país vasco, donde, por fortuna nuestra, hay algo parecido al tan injustamente censurado *cant* inglés. Los cínicos nos llaman hipócritas; pero Dios, que ve a unos y a otros, sabrá juzgarnos.

Nadie me quitará mi fe de que solo los pueblos morigerados son capaces de llenar un glorioso y noble papel humano en la historia, que solo ellos pueden llevar a cabo obras de duradera civilización. La lujuria, el juego, la embriaguez, entontecen a los pueblos y acercan al hombre al bruto. Si por cada escuela que se abre no se logra cerrar una casa de juego, una casa de prostitución y una taberna, es que la escuela no sirve.

Salamanca, octubre de 1907